

LO SAGRADO DEL REBAÑO: EL NACIMIENTO DE UN SÍMBOLO

Andrés Fábregas Puig¹

RESUMEN: Este ensayo ofrece un repaso histórico-cultural al Club Guadalajara, mostrándonos especialmente, el por qué de su constitución como símbolo nacional. Se expone aquí de una manera muy concisa las razones que han dado su celebridad a dicho club considerado por muchos como el más representativo del nacionalismo mexicano.

PALABRAS CLAVE (KEY WORDS): Fútbol, Cultura, Identidad, Guadalajara, Símbolo, Nacionalismo.

El equipo de fútbol más popular en México es el Club Guadalajara, ampliamente conocido entre los aficionados con los mote de *Chivas* y *Rebaño Sagrado*. El Club tuvo sus antecedentes en un equipo que al momento de fundarse en 1906 se llamó Unión. En aquel año, el fútbol como un deporte-espectáculo iniciaba su difusión por el mundo desde que un grupo de pioneros reunidos en la Freemason's Tavern de Londres, Inglaterra, creó las reglas y estableció los cánones del juego un 8 de diciembre de 1863.

Casi medio siglo después de estos acontecimientos, el fútbol llegó al Estado de Jalisco a través de un joven comerciante de nacionalidad belga llamado Edgar Everaert. Instalado en la ciudad de Guadalajara, aquel joven comerciante había conversado con otros miembros de su gremio proponiéndoles la fundación de un equipo de fútbol. La reunión en la que, finalmente, se decidió hacer realidad aquella ilusión de Everaert se llevó a cabo en la trastienda de un negocio propiedad de un comerciante francés llamado Calixto Gass, que había convocado al cónclave a sus socios y amigos Augusto y Calixto Teisier, Luis Pellat y Max Woog, además de los hermanos Gregorio y Rafael Orozco oriundos de Guadalajara.

Dada la composición nacional de sus fundadores, el Club nació con el nombre de Unión para significar la solidaridad de México, Francia y Bélgica alrededor del futbol. En 1908, a sólo dos años de su fundación, el Club Unión pasó a llamarse Guadalajara fungiendo como Presidente de su Mesa Directiva, Rafael Orozco. En reconocimiento a Edgar Everaert el uniforme consistió de una camiseta a rayas, roja y blanca, y un pantaloncillo azul, justo los colores del equipo representativo de la Ciudad de Brujas, Bélgica, cuna del fundador.

Si en Inglaterra el fútbol se difundió a toda la sociedad desde las Universidades, en Guadalajara lo fue a partir de los Seminarios. Los jóvenes que se preparaban para el sacerdocio católico se convirtieron en duchos y disciplinados jugadores de fútbol. De esta manera, el balompié ingresó a Guadalajara y a Jalisco por la puerta grande: la de la Iglesia Católica. El suceso es importante por muchas razones, pero sobre todo, porque de esa manera el nuevo deporte no encontró resistencia, ni social, ni cultural, al estar auspiciado por la Iglesia Católica en el contexto de una sociedad portadora –más en aquellos años– de un catolicismo profundo, de talante medieval. Por ello, no es una sorpresa que el primer clásico tapatío ocurriera en el juego entre el Club Guadalajara y el Club de los Seminaristas del Liceo.

Entre los años de 1909 y 1914, estos equipos disputaron seis campeonatos con un saldo empatado: tres triunfos para cada uno. En esos encuentros se perfiló el Club Guadalajara como el símbolo integrador de una versión popular de la cultura tapatía. A los sectores de la naciente burguesía tapatía los representaba en el futbol el Club Excélsior. La “lucha de clases” se trasladó al campo de fútbol al momento de escenificarse los partidos entre el Guadalajara y el Excélsior. En 1910, el año en que con la Revolución Mexicana se abría el siglo XX, el Club Guadalajara logró coronarse Campeón de la Ciudad.

La Revolución hizo difícil la práctica de cualquier deporte en México. Sin embargo, el futbol permaneció difundándose por el país, a donde llegó de la mano de los mineros ingleses. Por esa razón, el primer equipo de futbol fundado en México es el Pachuca, en el Estado de Hidalgo, en plena zona minera. El país de aquellos años, gobernado férreamente por Porfirio Díaz, aun no entraba al siglo XX no obstante que la Revolución Mexicana marcó su inicio. Además, el siglo XIX fue una época de convulsiones políticas en todo el territorio recientemente reconocido como Nacional, y particularmente en el Centro-Occidente, en donde habían ocurrido levantamientos como el del Tigre de Alica, en el actual estado de Nayarit, o las disputas jaliscienses entre vallardistas y lerdistas o entre los primeros y los porfiristas.

En medio de los campos de batalla los partidos de fútbol continuaron, lo que explica su rápida entrada en la escena nacional tan sólo al término de la lucha armada. Así, en 1916 se fundó en la ciudad de Guadalajara el Club Atlas como un movimiento de los hijos de la aristocracia tapatía, recién regresados de estudiar en universidades inglesas. Uno de estos jóvenes, Juan José “Lico” Cortina bautizó al naciente club con el apelativo de Atlas porque sus miembros se autodefinieron como quienes sostienen al mundo, como lo más granado no sólo del fútbol, sino de la sociedad. El escudo del conjunto fue diseñado por Carlos Stahl, rememorando la Universidad de Ampleforth, Inglaterra, escenario de sus días estudiantiles. Fue el club Atlas el que introdujo a Jalisco el juego de triangulaciones, con el que materialmente, por aquellos días, destrozó a quien sería, de allí en adelante, su más acérrimo rival: el club Guadalajara.

Lo destacable de ese momento en términos antropológicos es el surgimiento de los símbolos que cada equipo portaría en adelante. El sello popular y nacionalista en el club Guadalajara y el talante de elite, oligárquico y extranjerizante del Atlas. De hecho, ambos equipos, enfrentándose en la cancha de futbol, escenificaban el dilema del país entero, que además, en aquellos años, iniciaba su integración como tal. Aun cuando la mayoría de los seguidores actuales de ambos equipos desconocen sus orígenes y los contextos respectivos, el simbolismo se ha transmitido socialmente hasta nuestros días.

Después de la lucha armada desatada en 1910, los torneos de futbol se reiniciaron en la ciudad de Guadalajara en el año de 1915. El balompié se había preservado en Jalisco bajo la mejor protección posible: la Iglesia Católica. Para esos años posteriores a los conflictos armados, los enfrentamientos entre el Atlas “de los ricos” y el Guadalajara “popular y nacionalista” fueron creciendo en intensidad.

Entre 1917 y 1921, el Atlas acaparó los campeonatos locales. Hacia la segunda mitad de los años veinte, el fútbol en la Ciudad de Guadalajara se diversificó al formarse más conjuntos. De entre los nuevos equipos, destacó muy pronto el Club Oro, así llamado porque sus fundadores y patrocinadores fueron los joyeros del rumbo de Oblatos. Fue el primer equipo tapatío en construir su propio estadio, el Parque Oro, conocido popularmente como Parque

Oblatos. En una de las finales más recordadas aún por la actual afición tapatía, el Oro ganó el Campeonato de la Liga Mexicana en 1961, jugando, precisamente, contra el Guadalajara. Después, desapareció para siempre del escenario futbolístico mexicano, dejando a sus seguidores con la angustia en hombros.

Entre el ir y venir de equipos y jugadores se fue acrecentando la rivalidad entre el Atlas y el Guadalajara, constituyéndose el partido entre ambos en el más antiguo “clásico” del fútbol mexicano, bastante antes del que protagonizan actualmente el América y el Guadalajara. Este último recibió el apelativo de “chivas” después de un partido memorable por lo mal jugado. Transcurría el campeonato de la Liga Mexicana 1948-1949, jugándose la jornada número dos en la Ciudad capital de Jalisco, un jueves 30 de septiembre de 1948, entre los equipos Guadalajara y Tampico. El partido se escenificaba en el memorable Parque Oblatos al que concurrió Reynaldo Martín del Campo, cronista y jefe de la página deportiva del periódico *El Informador*, el más importante de Jalisco. El partido había sido tan malo, que a Martín del Campo se le ocurrió que una cabeza periodística justa era la que finalmente publicó: *Jugaron a las carreras y ganaron las chivas: uno a cero*. Lo paradójico del caso es que el apelativo “chivas” se le vino a la mente al cronista deportivo por haberlo oído en boca de los espectadores atlistas que así se burlaban no sólo del partido, sino de sus irreconciliables rivales del club Guadalajara. Eran estos los que, a los ojos atlistas, “corrían como chivas” en lugar de jugar al fútbol. Con tal apelativo a las espaldas, el antiguo club Unión convertido en el Club Guadalajara, se fue arraigando en la mente y el sentimiento de miles y miles de tapatíos y de aficionados por todo el país. El éxito del apelativo está asociado a su categoría de símbolo que vino a unirse al complejo simbólico representativo de la nacionalidad mexicana.

En una sorprendente ligazón, el simbolismo popular de un equipo de fútbol jalisciense, se entrelazó con el de la aristocracia ranchera, la charrería, denominada el “deporte nacional”, y con el de una bebida de Jalisco, también convertida en parte de la simbología nacionalista: el tequila. Así, el charro, figura señera de los grandes hacendados, de los “hombres a caballo” que beben tequila, se identificó con las chivas del fútbol para completar hacia mediados del siglo XX, un complejo simbólico que arraigó en la nación

mexicana. Incluso, hasta Petróleos Mexicanos (PEMEX) fue unida a esta simbología con aquella identificación publicitaria del “Charrito PEMEX”. Completó este cuadro la música de mariachi. La sociedad ranchera se alzó como el icono de “lo mexicano”.

La sociedad de Jalisco es de frontera. Sus orígenes históricos están cimentados en el “correr de la frontera” ganando territorio a los pueblos nómadas, hacia el norte de la Ciudad de México. Los rancheros, la base social y cultural de Jalisco, nacieron en esa tesitura. Hombres de a caballo, ciertamente aguerridos, formaron los tejidos básicos de un pueblo en formación cuyos símbolos se erigieron como integradores imaginados de una nacionalidad.

El sello profundo de esta simbolización que porta el Club Guadalajara lo ha significado el que sólo contrate a jugadores mexicanos. Eso lo convirtió en el “Rebaño Sagrado”. En términos de esos contextos simbólicos, una vez nacido el Rebaño Sagrado, el conjunto de mexicanos que batalla por el prestigio del país, el equipo de fútbol pasó a protagonizar un complejo de contradicciones que se expresa en ciertos partidos.

La consolidación deportiva del Guadalajara ocurrió la noche del 3 de enero de 1957, ocasión en la que con un gol del legendario Chava Reyes, el Rebaño Sagrado derrotó al Irapuato, el símbolo de los agricultores freseros de El Bajío, para erigirse como campeones del fútbol mexicano. Esa noche también triunfó el nacionalismo mexicano. Fue la demostración de que, por sobre la presencia extranjera, un equipo de jugadores nacionales, era capaz de alzarse con la victoria. El Rebaño Sagrado se había consolidado. De 1957 a 1965, el Guadalajara, ante el delirio de sus seguidores a lo ancho y a lo largo de todo el país, ganó sucesivamente los campeonatos de liga.

En términos de las contradicciones mencionadas líneas arriba, el Rebaño Sagrado, portador del simbolismo nacionalista no dejó de ser un símbolo de “lo tapatío” además de “lo popular” en Jalisco. En ese sentido, el clásico tapatío como se nombra al encuentro entre el Atlas y el Guadalajara, simboliza contradicciones de diferente carácter. Por un lado, la más obvia, la de clase.

El Atlas sigue siendo un símbolo de “lo burgués” mientras que el Guadalajara es de “lo popular”. Dentro de esta contradicción simbólica existen, valga la redundancia, contradicciones empíricas. Así, una buena parte de los seguidores del Atlas, de las porras que lo animan, pertenecen no sólo a sectores populares de Jalisco sino a sectores sociales que bien caen dentro del concepto de lumpen. Es casi una falsedad obvia que los palcos se abren a totalidad en el Estadio Jalisco cuando juega el Atlas. Más bien lo contrario es cierto: los palcos están acaparados por simpatizantes Chivas que no son, precisamente, sectores populares. Ello se explica no por la simbología de clase, sino por la de identidad. Los simpatizantes de las chivas se identifican con “lo tradicional tapatío”, esos símbolos que son el tequila, el mariachi, la birria, las tortas ahogadas y la charrería. En contraste, la mayoría de seguidores del Atlas son jóvenes portadores de una identidad alternativa, que incluso, importa símbolos de fuera y los asimila a esta “otra identidad tapatía”.

Para que las paradojas se compliquen, el Che Guevara resulta símbolo de la aristocracia jalisciense, gracias a los jóvenes de clases populares incómodos con “lo tapatío”. El Che es argentino y como tal, es incorporado a la nueva identidad tapatía portada por los atlistas. Por eso, ya no son “porras” sino “barras”. Por eso también, no se celebra en la fuente de la Minerva un triunfo atlista, sino en la Glorieta de los Niños Héroe. La Minerva es un símbolo de la “vieja Guadalajara”, de los “tradicionales”, de aquellos que “no cambian”. Pero la popularidad avasallante del Club Guadalajara, de las Chivas Rayadas, del Rebaño Sagrado, es prueba de la existencia de una “tradición tapatía” que aún está vigente.

La rivalidad entre ambos equipos es una rivalidad simbólica de la lucha entre las diferentes identidades existentes en una ciudad tan compleja como Guadalajara, que pugnan por la hegemonía. Demuestra, además, que el sentimiento de identidad atraviesa las condiciones empíricas de clase y que es el que finalmente, provoca la integración. Los atlistas se congregan no por “ricos” sino por ser, precisamente, “atlistas”. Y lo mismo sucede con los seguidores tapatíos del Guadalajara: se integran por ser “chivas” más allá de su condición concreta de clase social.

Pero, ¿por qué el Guadalajara tiene arraigo nacional, más allá de los linderos de Jalisco y de México? ¿Por qué tantos seguidores intra o extra fronteras nacionales? La respuesta a estas

preguntas está asociada al nacionalismo mexicano, de nuevo, a la identidad. Las Chivas son un símbolo de la identidad mexicana, cualquiera sea esta, en medio de la variedad cultural del país. El juego en contra del equipo América expresa las contradicciones entre “lo local” y “el centro”, por un lado, y por el otro, la tendencia a importar rasgos culturales foráneos contra la que persiste en hacer de la mexicanidad un proceso exclusivamente interno.

Quien percibió a cabalidad estas contradicciones y el potencial económico que portaban en un contexto de negocios, fue Emilio “El Tigre” Azcárraga, demiurgo del imperio Televisa. Hacia 1954, y aconsejado por Fernando Marcos, El Tigre consolidó al equipo América, los originales “Cremas” (“la crema y nata” de la sociedad) en oposición a las Chivas Rayadas, la crema y nata de “lo naco” a los ojos del Tigre. Por otra parte, el América representaría al Distrito Federal en una contienda contra La Provincia, representada por las Chivas. Así nació el negocio interminable del Clásico del fútbol Mexicano, dominado por la gran empresa televisiva. Los miles de seguidores que el Guadalajara tiene en el Distrito lo son porque ven en el equipo un símbolo de la nación y de lo popular mexicano. Nuevamente, es la identidad lo que logra la integración por sobre la condición empírica de clase. Si se examina la condición mayoritaria, de los seguidores del equipo América, son en su mayoría, clases populares, pero identificadas con la posibilidad de una identidad alternativa, que portan las clases altas, proclives a la importación de rasgos culturales de fuera. Por ello, al igual que en el Atlas, no solo no importa que jueguen extranjeros en el equipo, sino que eso es, precisamente, el atractivo.

Cuando el clásico tiene lugar en el Estadio Jalisco, las contradicciones Centro-Región pasan a primer plano: El América es repudiado porque es “chilango”, símbolo de la centralidad que ha caracterizado al país. En una especie de trastiempo, los partidos de fútbol mencionados recrean una parte de la historia de la formación de la mexicanidad y de la hegemonía de un sistema político, social y cultural, centralizado. De esta forma, los añejos conflictos entre el Centro y la Región quedaron simbolizados en la rivalidad entre los equipos América y Guadalajara: los chilangos contra los provincianos. Es decir, el todopoderoso centro defeño contra su rival histórico, la provincia mexicana. El partido del América contra el Guadalajara también simboliza la conflictiva relación entre ricos y

pobres. Por supuesto, es también la confrontación entre el nacionalismo versus el entreguismo. Estas son las contradicciones que hacen del Rebaño Sagrado el club de fútbol más dramático en México.

La cuestión, finalmente, de la identidad alrededor de los equipos de fútbol también apunta hacia la importancia de una “religión laica”, valga la contradicción. Es decir, es el sentimiento de identidad simbolizado en un equipo de fútbol, uno de los mecanismos que admiten la conjugación de grupos religiosos disímiles, o de clases sociales diferentes y aún en conflicto, en un sentimiento común. La variedad humana encuentra en un equipo de fútbol a un mecanismo de integración y de sobreposición de las diferencias y de las desigualdades, incluyendo al género y a las preferencias sexuales.

La composición social de los seguidores de un grupo de fútbol, como los mencionados en este texto, demuestra lo anterior. En otro aspecto, la persistencia de añejas contradicciones en una sociedad concreta es susceptible de representarse una y otra vez en un partido de fútbol entre equipos específicos. Por ello los llamados partidos clásicos en México (América Vs. Guadalajara; Atlas Vs. Guadalajara) o el derbi como se dice en España (Barcelona Vs. Real Madrid), llena los estadios y los resultados deportivos alientan manifestaciones de la sociedad en forma masiva. Estamos ante eventos ritualizados que permiten observar la capacidad humana de crear “estructuras fugaces”, valga el paradójico término. Al finalizar un partido, los asistentes “retoman” sus posiciones empíricas en la estructura realmente existente en la sociedad. El siguiente partido, repetirá el ciclo y abrirá la posibilidad de vivir momentos simbólicos de intensidad creciente, que, una vez pasado el tiempo del partido, dejen de operar.

NOTAS

¹ Antropólogo nacido en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, el 14 de febrero de 1945. Fábregas Puig estudió en el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas y en 1965 se inscribió en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en donde terminó la Maestría en Ciencias Antropológicas, con el título de Etnólogo y la especialidad en Etnohistoria. En 1969 presentó la tesis: *El Nahualismo y su expresión en la región de Chalco-Amecameca*, dirigida por Guillermo Bonfil Batalla. En la ENAH cursó materias impartidas por importantes profesores de la Antropología y la Historia, como Paul Kirchhoff, Wigberto Jiménez Moreno, Rosa Camelo, Carlos Martínez Marín, Barbro Dhalgreen, Johana Folhaber, Moisés Romero, José Luis Lorenzo Bautista, Carlos Navarrete, Arturo Warman, Guillermo Bonfil Batalla y Angel Palerm. Al terminar en la ENAH, ingresó a la Escuela de Graduados de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México (dirigida y fundada por Ángel Palerm). Allí cursó seminarios de postgrado dirigidos por antropólogos como el propio Palerm, Pedro

Carrasco, Stanley Diamond, Hugo Nuttini, Paul Kirchhoff, Guillermo Bonfil, Arturo Warman, Germán Guzmán Campos, Robert Manners y David Kaplan. En 1971 fue admitido como becario en el Departamento de Antropología de la Universidad del Estado de Nueva York en Stony Brook, en donde estudió con Pedro Carrasco, Pedro Armillas, Phil Weigand y Louis Faron, entre otros. En 1973 ingresó al CIS-INAH (actual CIESAS) y ahí dirigió su primer proyecto de investigación en la región de Los Altos de Jalisco, coordinando a un grupo de estudiantes de la Universidad Iberoamericana que trabajaban en sus tesis de licenciatura. En 1974, bajo la dirección de Ángel Palerm, formó parte del grupo de antropólogos que fundaron el Departamento de Antropología de la Universidad Metropolitana en la Ciudad de México. De 1975 a 1977 fungió como Jefe del Departamento de Antropología de la UAM-Iztapalapa. En 1978 inició el estudio antropológico de la región cafetalera de Jalapa-Coatepec, en el Estado de Veracruz. En 1983 inició el estudio de la Frontera Sur de México bajo el patrocinio del CIESAS, coordinando a un equipo de investigadores compuesto de antropólogos, sociólogos, historiadores y escritores. Como resultado de ese proyecto, fundó en 1984 al CIESAS del Sureste. En 1990 fue nombrado Director General del Instituto Chiapaneco de Cultura, institución en la que fundó, entre otros, el Departamento de Estudios de la Cultura, espacio formativo de un número importante de investigadores especializados en Chiapas. En 1995 fue nombrado Rector de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, siendo el primero en ocupar ese cargo. En 1997 se trasladó a Guadalajara, Jalisco, para laborar en El Colegio de Jalisco, institución de la que fue Director Académico y en donde diseñó y puso en marcha el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales que dicha institución imparte. En 1998 inició al frente de un grupo de investigadores, el estudio de la región Norte de Jalisco. En el año 2000 fundó el Seminario Permanente de Estudios de la Gran-Chichimeca que aglutina a los investigadores que trabajan en el Norte y Centro de México. En el año 2002 pasó al Centro de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Su libro *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*, está considerado un clásico en su género y es punto de referencia de los estudiosos de sociedades rancheras en México. Así mismo, su ensayo “El concepto de región en la literatura antropológica” sigue siendo discutido y utilizado por quienes estudian regiones. En fecha reciente (2003) publicó un libro titulado *Reflexiones desde la Tierra Nómada* en el que expone un planteamiento para el estudio regional etnohistórico, aplicado especialmente a las sociedades de la llamada Arida América. Sus trabajos sobre la Frontera Sur fueron pioneros en las Ciencias Sociales en México. Andrés Fábregas ha sido el primer antropólogo mexicano en hacer una investigación junto a un antropólogo español, comparando regiones de México y España; producto de esa colaboración con Pedro Tomé Martín, son los libros *Entre Mundos*, *Entre Parientes y Regiones* y *Fronteras*. A través de la enseñanza, la fundación de instituciones y la promoción y participación en investigaciones colectivas, Andrés Fábregas Puig ha contribuido de manera muy destacada a la formación de varias generaciones de investigadores en Antropología en particular y de Ciencias Sociales en lo general. Impulsó de manera pionera en México los estudios sobre Antropología del Deporte, publicando en 1998 un libro (*Lo Sagrado del Rebaño*) en el que analiza el papel del fútbol como integrador de identidades. Actualmente es Rector de la Universidad Intercultural del Estado de Chiapas (UNICH) y entre otros proyectos, trabaja un libro acerca del equipo de los “Jaguars de Chiapas” y está diseñando un proyecto de investigación sobre el papel del fútbol en la sociedad y la cultura del México actual. Su correo es: aa_fabregaspuig@hotmail.com